

Andrés Trapiello

TODO HA SALIDO BIEN

1,

Escribo estas palabras pensando que las está leyendo. En cierto modo no hay una sola página que haya escrito uno en los últimos treinta y tantos años que no la haya escrito pensando en él, y que él no haya leído, comentado, corregido. Y no han sido precisamente pocas. Esta, sin embargo, es la más difícil de todas. Y que la está leyendo será para él algo fuera de duda. Era un hombre creyente, discreta, profundamente creyente. Su último libro, de poemas bellísimos, acaso los más hondos y verdaderos de cuantos escribió, lleva este título: *El corazón de Dios*. Para mí, para muchos, la obra de Carlos Pujol, tan secreta a veces, es ejemplo de finura suprema, milagrosamente sin desmayos, y de inteligencia siempre atinada en la elección de sus maestros, Saint-Simon, Balzac, Proust, Henry James o Emily Dickinson, a los que tradujo y estudió como nadie, y en la arquitectura de su propio mundo como novelista, poeta y ensayista: sencillez, humor, poesía y naturalidad. Su labor literaria, extensísima, titánica y silenciosa, fue siempre una celebración y una cita con la levedad y la gracia. Pero hay algo que la vuelve, a mi modo de ver, aún más extraordinaria. Como sin duda saben los que viven en y del mundo editorial español, Carlos Pujol vivió en y de él durante

más de cincuenta años, sin contaminarse ni un átomo de nuestro pobre y desquiciado medio literario: “Hacer carrera, hacer la carrera”, decía con sutil delicadeza y una media sonrisa, apartándose a un lado. Y pese a ello no dejó nunca de ser una persona asequible, afable, educadísima, con porte de sabio oxoniense, al que nadie habrá oído jamás levantar la voz, ni tampoco hurtarla. Como su confidente Emily Dickinson decía “toda la verdad, pero sesgada”. Sólo había que saber escucharle tales susurros. Era una especie de ángel, lo ha sido hasta el último día, entre los hombres, en su oficina de Planeta, la bondad absoluta. Solía decir que la vida literaria, en realidad no es vida, sino sólo una imitación hecha con humo. Su *Cuadernos de escritura*, suma de aforismos sobre el oficio de escribir, es una obra maestra del género, a la que vuelve uno a menudo buscando compañía. En él leemos: “ “El que escribe es otro”, decía Proust, y es una gran verdad, pero el que redacta es uno mismo; de la armoniosa colaboración de ambos depende que todo salga bien”. De pocos contemporáneos, al menos de los que uno ha conocido, podrá asegurarse que le haya salido mejor.

Amigo, has entrado en otro tiempo, el del silencio, el de lo inexplicable, el único que para ti valía la pena vivirse desde este mundo nuestro, no menos inexplicable, pero mucho más incon-

vincente. Así lo dijiste: “Sólo tiene verdadero interés lo inexplicable, lo que puede explicarse en seguida resulta banal”.

Por eso sé que, mientras las escribía, ha estado leyendo por encima de mi hombro estas palabras que yo querría ahora que fuesen, sólo por él, mucho mejores.

(17 de enero de 2012)

2,

UNA APROXIMACIÓN A LA VERDAD

Si la página que escribí sobre Carlos Pujol hace un mes fue una de las más difíciles que haya tenido que escribir nunca, pues lo hacía ante su cuerpo sin vida, esta será acaso la que menos me cueste, ya que no deja de ser algo que escriba ante el cuerpo vivo de su poesía.

Creo que Carlos Pujol fue ante todo un poeta, antes incluso de empezar a publicar sus versos, lo que hizo de forma tardía a sus cincuentaún años acaso sólo por respeto, aquel *Gian Lorenzo* de 1987 que prologó su amigo Juan Perucho. “La prosa es más difícil, pero el verso vale más”, leemos en esa inagotable fuente de saberse literarios y poéticos que son sus *Cuadernos de escritura*, para decir en otro lugar de ese mismo libro: “El poeta está para ver lo que no se ve, para lo que se ve ya está el resto de la gente”.

En 2007 reunió en un tomo que publicó *La Veleta* sus doce libros de poemas editados hasta entonces, y le añadió otro más inédito, *Me llamo Robert Browning*, al que se sumó hace unos meses el último, *El corazón de Dios*, a es-

peras de que se publiquen acaso los que estaba escribiendo, “poemas píos como tú los llamas”, de los que hablamos la víspera de su muerte, por no hablar de toda la poesía propia que vertió en la de otros, en sus muchas y ejemplares traducciones de Shakespeare, Dickinson, Barret Browning, Verlaine, Jammes, Hopkins y tantos más.

Para el tomo de su poesía reunida escribió apenas una cuartilla y media que bastaría reproducir aquí para que el lector supiera qué pensaba de la poesía en general y qué pensaba de la suya propia. Lo que yo dijera, ni lo que diga nadie de ella, va a ir más lejos ni más alto ni más hondo: “La poesía me parece una cosa inagotable y modesta”, escribió en 1961 José María Valverde; y yo no sé qué añadir a estas palabras tan sencillas; una cosa —un objeto, no la vida, aunque hecha de resonancias personales— a cuyo fondo nunca llegamos, y que se traiciona si no se ve con humildad (...) Dar más explicaciones acerca de esta poesía de los últimos veinte años sería un capricho impertinente; lo que queremos y creemos decir siempre es oscuro para nosotros, y la opinión de los demás no sirve de casi nada (...) Los versos dignos de este nombre dicen lo que cada lector cree entender o sentir. Y en el curso de los años sólo se salvan si alguien los revive como propios (la indiferencia o el olvido tampoco son situaciones trágicas, si tuviéramos que recordar toda la poesía escrita hasta hoy, la memoria sería un infierno, o como mínimo el camarote de los hermanos Marx)”.

Parece que le estamos oyendo. Esta manera de escribir suya que le era propia, quitándole énfasis y solemnidad (o sea, retórica) a todo lo que pudiera tenerlas.

Como Unamuno, sabía que había dado sus poemas a la indiferencia del público. “Estos libros han sido acogidos con una cariñosa indiferencia, lo cual no es ningún mérito, sólo un accidente”, volverá a decir con ironía, para acabar recordando la cita que puso de Paul Claudel al frente de *Retrato de París*, uno de los libros que publicó en La Veleta: “siempre decimos una sola cosa, tal vez minúscula e inacabable, que se viste de mil maneras, porque no disponemos de otra verdad”.

La verdad poética de Carlos Pujol era sencilla y compleja al mismo tiempo, los trajes que usó para ella fueron siempre sencillos, clásicos (“en literatura se es un clásico o no se es nada, se escribe con perennidad o para el olvido”, decía), cuando no disfraces, otras voces en las que él se sentía cómodo, Bernini, Vermeer o Browning, avenidos a decir y a sentir lo que Carlos Pujol quería que dijeran, naturalmente (“hay que robar a otros. Si se tiene talento lo robado será ya inevitablemente muy propio y personal, originalísimo, y si no se tiene talento ¿qué más da robar o no?”).

En todos sus poemas se trasluce un fondo de soledad y tristeza, tal vez las de su propia infancia solitaria y triste: “Infierno es lo que se lleva dentro / sofocado para que no nos pueda”, dice por boca de Browning, pero como no era dado al teatrismo, estoy viéndole salirnos al paso en esta línea con otro de sus versos: “¿Explicar la poesía? ¡Nunca, nunca!”. En otro sitio nos dice que la poesía es “Una aspiración a la verdad, y a quien aspire a lo definitivo, / a lo claro y tajante, / que no pregunte a los poetas”. Es cierto; pero no dijo nada de los poemas. A los suyos se les puede preguntar todo, porque suelen responder

siempre de una manera clara, humilde, sencilla, por intrincado y obtuso que sea el sentimiento con que hagamos la pregunta.

(Marzo de 2012)

y 3

EL ENGAÑO A LOS OJOS

La huella de Dios es el silencio.

La vida de Carlos Pujol ha sido larga y fecunda y sigue dando frutos sazonados. Muchos y mucho hemos aprendido a leer en sus traducciones y ensayos, primero, más tarde en sus novelas y poemas. De sus novelas, las dos últimas, por no irnos más atrás, *Antes del invierno* y *El teatro de la guerra*, son dos pequeñas obras maestras. Se dice pequeñas no por rebajarlas, sino para no asustar a nadie: dechados de gracia, sutileza, humor y virtuosismo que habría firmado con los ojos cerrados Henry James. De sus libros de poemas, el último, *El corazón de Dios* (Ediciones Cálamo, 2011), acaba de aparecer hace una semana. Tan dickinsoniano. En él, un hombre que está llegando al final de su vida se interroga sobre lo que ha sido, sobre lo que será, le interroga al silencio, se interroga a sí mismo y le interroga a Dios:

No te voy a contar
nada nuevo: vivimos
en una casa demasiado llena.
Con muebles, versos, chismes,
perifollos y plantas de interior,
palabras que no quieren decir nada
y soberbias locuras

para pasar el rato.
Es lo que llaman calidad de vida.
El día en que nos llames estaremos
doblemente desnudos,
echando en falta en medio de la luz
el engaño a los ojos de las cosas.

Es Carlos Pujol el hombre más silencioso de la literatura española, acaso porque pocos habrán estado rodeados de tantos ruidos y ninguno habrá sido tan indiferente a ellos como este hombre que ha acabado teniendo el aspecto de un monje tibetano.

Oímos hace una semana a un amigo: “No sabemos si Dios existe, pero habla el lenguaje de las matemáticas”. Pero Dios es sólo elocuente en su silencio. Él habla por silencios, él habla por huellas.

Las que acompañan estas palabras están sacadas, una vez más, del mechina de mi hijo Guillermo, y fueron en su origen remedo de las huellas digitales. El propio G. nos habló hace unos días de esa tradición china de escribir poemas con agua sobre la tierra, sólo silencio.

Y los silencios, como una cadena, se eslabonan.

(22 de noviembre de 2011)

